

# MIGUEL GILA,

VIDA Y OBRA DE UN GENIO

Juan Carlos Ortega y Marc Lobato

---

Prólogo de Antonio Fraguas, *Forges*



Primera edición en Libros del Silencio: diciembre de 2011

© Juan Carlos Ortega y Marc Lobato, 2011

© de las obras de Miguel Gila, Malena Gila, 2011

© del prólogo, Antonio Fraguas, *Forges*, 2011

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2011]

Provença, 225, entresuelo 3.<sup>a</sup>

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)

Diseño de portada: Fernando Serra Guarch [[www.lalibretahoy.blogspot.com](http://www.lalibretahoy.blogspot.com)]

© Fotografía de portada: Maite Cruz / El Periódico de Catalunya, 1999

Maquetación: David Anglès

ISBN: 978-84-939433-2-5

Depósito legal: B-36.242-2011

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Malena Gila, que ha heredado esa mirada*

LOS AUTORES

*A mis sobrinos Víctor y Carolina, que son guapos y listos. Y, por supuesto, a mi hijo, Ulises, la única persona que me hace reír más que Gila*

JUAN CARLOS ORTEGA

*A Pol, mi hermano, por su confianza.*

*A Mireia, mi novia, esa gran actriz que acabará mereciendo su propia biografía*

MARC LOBATO

Me da risa  
vuestra solemnidad,  
vuestra oratoria  
antigua y rebuscada.

MIGUEL GILA  
(Madrid, 12 de marzo de 1919 –  
Barcelona, 13 de julio de 2001)

# ÍNDICE

Prólogo, por ANTONIO FRAGUAS, <i>FORGES</i> .....	15
El padre .....	17
La madre .....	23
La abuela Manuela .....	29
El abuelo Antonio .....	35
Odiar la burla y conversar con el enemigo .....	41
La primera intuición en un solar .....	49
El hambre .....	53
Mi capitán, se me ha roto el caballo .....	59
El primer monólogo de un niño .....	69
Excrementos y humor desechado .....	73
Me quedé viudo a los catorce años .....	79
La guerra civil .....	83
La cárcel .....	95
El final de los malos sueños .....	103
El gran Miguel Mihura y <i>La Codorniz</i> .....	105
El debut en el escenario .....	121
Los contratos .....	131

Un coche vale sesenta monólogos . . . . .	141
Inseparables para siempre . . . . .	147
El teléfono . . . . .	151
La publicidad . . . . .	159
La radio . . . . .	163
Esquivando la censura . . . . .	171
Actuaciones para Franco . . . . .	177
Argentina mon amour . . . . .	181
El regreso a España . . . . .	187
La personalidad de Gila . . . . .	189
La intimidad . . . . .	193
El monumental error de don Basilio . . . . .	197
Un mundo lleno de pesados . . . . .	203
Autoexigencia . . . . .	207
Nunca he copiado a nadie . . . . .	211
La pelea con Guillermo Cifré . . . . .	213
Sus influencias . . . . .	219
El impresionante nacimiento de Gary Cooper . . . . .	227
Hacer creíble la locura . . . . .	231
Gila y la poesía . . . . .	237
Sus últimos años . . . . .	253
El final de los finales . . . . .	257
Apéndice . . . . .	263
Monólogos . . . . .	265
Mi bisabuelo . . . . .	267
Discurso político . . . . .	273
Yo soy muy raro . . . . .	277
Viñetas . . . . .	281

Obras de teatro .....	301
La guerra civil .....	303
La dictadura .....	335
Palabras sobre Miguel .....	355
Josema Yuste .....	357
Juan Marsé .....	361
Luis del Olmo .....	365
Javier Cansado .....	369
Luis María Ansón .....	373
El Tricicle .....	375
Malena Gila .....	381
Bibliografía .....	405
Agradecimientos .....	411
Los autores .....	413

# PRÓLOGO

## ANTONIO FRAGUAS, FORGES

Mi infancia son recuerdos de un dial de la radio...

BLASILLO

Allá por 1954, todos los jueves, hacia las diez de la noche, sonaba en la radio una música muy alegre, titulada *Sueños de Brooklyn*. Era la sintonía del programa que, en directo, presentaba José Luis Pécker diciendo: «Con ustedes (*pausa larga*) ¡Miguel Gila! (*chunda, chunda, chunda*) Gracias a la gentileza de (*otros tres chundas*) ¡Profidén! Sonría sin temor con ¡Profidén!».

Y entre una salva de aplausos del público en directo con la sintonía a toda tralla, se oía la inconfundible voz de Gila: «¿Oiga? ¿Es el enemigo?...».

A partir de ese momento, todo lo gris del franquismo cotidiano desaparecía, convertido en lo multicolor del ingenio, la sonrisa y la ensoñación.

Era el único día de la semana en que a los niños de la casa se nos permitía estar despiertos a esa hora tan tardía para los escolares de la época. El programa duraba hasta las once, pero sus consecuencias eran mucho más dilatadas. En el colegio, el viernes y el sábado (entonces los sábados había cole) nos los pasábamos comentando, imitando e incluso representando los sketches de Gila.



Es un hecho que Gila fue un impulsor primigenio de la cartera de humoristas que «nacimos» a la sombra de su personal punto de vista humorístico; todos nos sentimos «hijos» de su ingenio, y su recuerdo perdurará a través de los tiempos entre las majestades humorísticas españolas, los Reyes Magos del Humor: Cervantes, Quevedo y Gila.

¿Admiración excesiva? Ninguna admiración puede ser excesiva si se trata de Miguel Gila.

Y si no, al tiempo.

# LA GUERRA CIVIL

Entonces llegó mi tío Cecilio con un periódico que traía un anuncio que decía: «Para una guerra importante se necesita soldado que mate deprisa». Y dijo mi abuela: «Apúntate tú, que eres espabilao».

MIGUEL GILA, monólogo de la guerra

Desde las elecciones de febrero de 1936, las conversaciones políticas y la defensa de los valores de izquierdas eran más habituales de lo normal en las sobremesas de casa de los abuelos. Algunos militares veían con cierto recelo la victoria del Frente Popular y temían que la Segunda República acabara convirtiéndose en un régimen simpatizante con el comunismo o la anarquía. Se gestaba un golpe de Estado.

El 17 de julio, la guerra ya era prácticamente un hecho. Gila tenía diecisiete años y su interés por la política se limitaba a esas conversaciones domésticas y a lo que le contaban algunos de sus amigos. A pesar de ello, aquel viernes los rumores y las noticias eran constantes. Toda España estaba pendiente de cualquier novedad. Sin pensárselo demasiado, Miguel y su amigo Pedro Tabares decidirían hacerse militantes de las Juventudes Socialistas. Tras el estallido de la guerra, se alistarían también para combatir en el frente.

Según les indicaron, Pedro formaría parte del Batallón Al-

pino y Miguel del Quinto Regimiento de Líster. No obstante, sin que supiera muy bien el motivo, este acabó sirviendo en el Regimiento Pasionaria, de marcado acento comunista.

Sin apenas hacerse a la idea, mandaron a los nuevos soldados al cuartel, donde les entregaron las armas. A Miguel le correspondieron un fusil, ciento cincuenta balas y dos granadas de mano.



## *La primera visión de la brutalidad*

Poco después, Miguel asistiría a su primera escena de guerra real, un episodio que marcaría para siempre su pensamiento y sus trabajos posteriores. Dos de sus compañeros, uno de ellos vestido con una chaqueta robada de un guardia civil, aparecieron sonrientes tras haber matado a dos enemigos. Los cuerpos ensangrentados yacían todavía en el suelo, rodeados de mujeres presas del pánico y con algunas criaturas agarradas a sus piernas. Miguel comprobó, aturdido, que los soldados de verdad no eran pinzas de madera que dialogaban alegremente entre sí. Al instante fue consciente de que, más allá de las opiniones políticas, los monstruos estaban dentro y fuera de sus filas:

*Desde toda mi vida he sabido que el bruto es bruto desde que nace hasta que muere y el ignorante lo es porque no tiene acceso a la cultura.\**

Durante la guerra Miguel se toparía con muchos de esos hombres, con brutos que, aseguraba sin vacilar, lo eran *en esencia*, más allá de la educación recibida.

Aunque la guerra duró tres años, el sufrimiento y el sinsentido duraron una década para él: diez años protagonizados por el hambre, el absurdo y las humillaciones; primero en el frente, luego en las cárceles, y finalmente durante un servicio militar angustiosamente prolongado. Cuando Gila se convirtió en un anciano, continuaría recordando esa época como el periodo de su vida en el que le robaron diez años de juventud.

## *Los primeros meses*

Si durante su infancia Miguel y sus amigos buscaban a menudo algo que llevarse a la boca, los años de la guerra multiplicaron aquel interés hasta el delirio. El hambre era una constante, y el que encontraba algo de comida y la compartía con los demás era considerado un auténtico héroe.

En el curso de una de las expediciones militares, los muchachos descubrieron con alegría una vaca, pero no sabían cómo sacarle la leche. Todos los miembros de aquella escuadra eran chicos de ciudad y ninguno de ellos había ordeñado en su vida. No sabían por dónde empezar. Cuenta Gila que en aquel momento recordó al lechero de su barrio y probó suerte intentando emular sus movimientos. Al cabo de unos segundos, la leche empezó a llenar el cubo, entre los gritos de alegría de sus compañeros.

Estuvieron a punto de llevarse la vaca entera, pero pesaba demasiado. Sin embargo, por suerte, existen animales más pequeños. Cuando llegaban a alguna propiedad enemiga, requisaban las gallinas y los conejos y se los guardaban como podían para la cena. En ocasiones, la suerte no estaba de su parte, y se conformaban con cigüeñas y gatos.

Una noche, un dulce gatito tuvo la mala idea de colarse en uno de los campos donde Gila y sus compañeros se encontraban descansando. Al verlo, y después de días sin comer, empezaron a notar que sus tripas se retorcían. Solo pensaban en comerse a aquel animal. Armados con la varilla de un paraguas, consiguieron cazar al gato, lo mataron y lo cocinaron en una lata.

No eran tiempos para tener mascotas. Los animales también

necesitaban nutrirse, y aquella lucha por la supervivencia los convertía en un enemigo más en medio de la barbarie.

*Cuando Gila se comió a Margarita*

En cierta ocasión, deshacerse de un animal le resultó a Miguel especialmente doloroso. Fue durante uno de sus desplazamientos. La escuadra de Gila encontró una cabra en un pueblo abandonado. La bautizaron con el nombre de la flor de la amistad, Margarita, y coincidieron en otorgarle la privilegiada categoría de mascota. Aquellos hombres se encariñaron con el animal y, pese al hambre, ninguno de ellos se atrevía a matarla. Sin embargo, llegó el invierno y la nieve cubrió gran parte del terreno, provocando la escasez repentina de vegetales. En esas condiciones, y sin que llegaran provisiones, decidieron comerse a Margarita.

Gila siempre recordó lo doloroso que le había resultado comerse a la cabra. Tiempo más tarde, cuando ya era un humorista de prestigio, quiso homenajear al animal. Durante algunos años, en los principales escenarios del mundo, llamó Margarita a la famosa vaca de su monólogo de la familia, aquella que les tocó en una tómbola, que vivía en el balcón para tener la leche fresca y cuyo cuernazo provocó que su padre acabara en prisión por *cuernicidio*:

*En una tómbola nos tocó una vaca. Bueno, nos dieron a elegir entre una vaca y una pastilla de jabón. Mi madre dijo: «La vaca, que es más gorda», y mi padre le respondió: «Claro, tú, con tal de no lavarte, lo que sea». [...] Conque nos quedamos con la*

*vaca, a la que le pusimos por nombre Margarita, y la colocamos en el balcón, para que tuviera la leche fresca.*

En versiones posteriores, la vaca se llamaba Matilde, y era la madre la que acusaba al padre de no lavarse demasiado.

A partir de la muerte de Margarita, conseguir alimentos pasaría a estar en la cima de su lista de prioridades, algunas veces incluso poniendo su vida en grave peligro. Recuerda Gila cómo durante los combates en el frente de Aravaca algunos de los soldados recogían fresones con el casco a pesar de los disparos enemigos. Era tanta la necesidad que para poder comer algo se aceptaba correr el riesgo de recibir un balazo en la frente desnuda. Un soldado salía corriendo de las trincheras y, cubierto por sus compañeros, se quitaba el casco, en el que iba depositando los frutos que lograba arrancar a toda prisa.

Esa vivencia tal vez le inspirara, pocos años después, el párrafo de una de las primeras versiones de su monólogo de la guerra:

*Mi papá estaba en Marruecos matando moros y le escribimos una carta diciéndole que había nacido yo. Se puso tan contento que lanzó su casco al aire, sacó la cabeza de la trinchera para contárselo al enemigo, y el enemigo le pegó un tiro en la frente.*

*A mí me fusilaron mal*

Uno de los capítulos más citados de la vida de Gila es el de su fusilamiento cerca de El Viso de los Pedroches, en la provincia de Córdoba.



Cuenta Miguel que iba conduciendo un viejo camión cuando las dos ruedas traseras del vehículo reventaron. No podían avanzar y aquello provocó que los muchachos quedaran desprotegidos ante el enemigo. Pocos minutos después del accidente, unos soldados los rodearon. Al instante se convirtieron en prisioneros y los encerraron en el sucio corral de una casa cercana.

Miguel describe que, transcurridas unas horas, empezó a tener sed y pidió a uno de los soldados que le dejara beber un poco de agua de una de las tres cantimploras que colgaban de su cintura. El vigilante no solo le negó aquella petición, sino que, sin mediar palabra, le golpeó duramente con la culata de su fusil a la altura de la cadera. A raíz del impacto, brotó en aquella zona un hematoma de color morado parecido al que, casi veinte años antes, había acabado con la vida de su padre.

Al oscurecer, los soldados sacaron a los prisioneros del corral, les quitaron las ropas de abrigo y los hicieron caminar hasta un descampado situado en las afueras del pueblo. Allí, como cuenta Gila, los fusilaron mal.

Borrachos, entre carcajadas, y mientras desplumaban algunas gallinas confiscadas, los soldados formaron un pelotón de fusilamiento con los prisioneros y dispararon unas cuantas veces hasta que vieron que sus víctimas iban cayendo unas sobre otras. Tras la espantosa masacre, guardaron los fusiles y permanecieron aún un rato más festejando aquella victoria, bebiendo y comiendo la carne de gallina asada en la hoguera. Mientras, un desconcertado Gila los observaba escondido entre los cuerpos sin vida de sus compañeros, fingiendo estar muerto. Al amanecer, una vez que los verdugos retomaron su camino, Miguel salió de su escondite y descubrió que solo habían sobrevivido él y el cabo Villegas, al



que habían herido en una pierna. Cargó con el cuerpo del cabo y lo llevó a una iglesia cercana, en el municipio de Hinojosa del Duque, para que el párroco atendiera sus heridas.

Solo y en territorio enemigo, pensó en escaparse a Portugal, aunque desistió al cabo de poco porque supo que en el país vecino devolvían a España a los soldados republicanos que llegaban para que los nacionales los ajusticiaran.

Agotado y sin saber adónde diablos acudir, Gila vio pasar una columna de prisioneros y decidió añadirse a ella buscando cobijo y comida. Uno de sus primeros destinos fue Valsequillo, un pueblo cordobés destruido por la guerra donde fue castigado a trabajos forzados. Cuenta Miguel que en aquel tiempo comía solo una vez al día un menú formado por una onza de chocolate, dos sardinas en aceite y un par de higos secos. Aquello duró unos meses, hasta que el comandante que estaba al frente fue sustituido por un teniente que pertenecía al tercio requeté Virgen de los Reyes. El nuevo responsable se quedó estupefacto al conocer las condiciones en las que trabajaban los prisioneros y decidió hacer un cambio radical. Suspendió inmediatamente los trabajos de pico y pala y ordenó que trajeran alimentos suficientes para organizar una primera comida en condiciones. Entre los prisioneros, reclutó a aquellos que tenían alguna idea de cocina, y al cabo de unas horas todos comieron un cocido completo. Aquello sonaba bien, y fue celebrado por todos, pero desgraciadamente algunos prisioneros no pudieron soportar un cambio tan radical en la alimentación y murieron.

Aquellas vivencias provocaron que Miguel echara mano de su creatividad para sobrevivir. A través de un soldado quiso informarse del pasado de uno de los responsables de su cautiverio, el

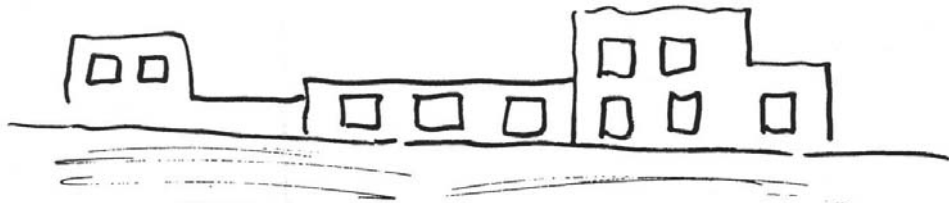
teniente Alcorta Menchaca. El soldado le contó que, antes de la guerra, su superior había trabajado como subdirector en el Banco Vizcaya de Bilbao. Miguel memorizó la información que le acababan de dar. Un tiempo después, se cruzó con el teniente y decidió empezar la función: que si su nombre me suena, que si yo trabajé de botones en una sucursal del banco en Madrid, que si allí se hablaba todo el tiempo de usted, etc.

La representación tuvo una eficacia tremenda. El militar sintió simpatía por aquel preso y empezó a concederle privilegios. A partir de entonces, Miguel sería el encargado de recoger las mesas de los mandos, lo que le permitió llevarse los escasos restos de comida que se dejaban los militares. En sus viajes al almacén aprovechaba, además, para robar algunas de las algarrobas reservadas a los caballos de la Guardia Civil. Luego volvía donde estaban sus compañeros y lo repartía todo.

La guerra real de Gila fue espantosa, como lo fue para todos los españoles que tuvieron la desgracia de padecerla. Incluso se nos antoja fácil decir que fue espantosa. Tal vez los que hemos tenido la fortuna de no padecerla no deberíamos atrevernos siquiera a definirla. Sea como sea, Miguel salió ileso y pudo inventarse otra guerra muy distinta, donde los enemigos se telefoneaban y compartían el mismo avión, una guerra humorística, pero igualmente cruel y salvaje.

Tres años después el enfrentamiento terminó, pero ahí no acabaron las injusticias. Gila tenía que padecer todavía la estupidez de una prisión.





SE PROHÍBE  
FUSILAR BAJO PENA  
DE MUERTE



# GILA Y LA POESÍA

La relación entre el humor y la poesía ha sido ampliamente estudiada. En ambas formas de expresión artística, el ritmo, los silencios y el énfasis adquieren una importancia fundamental.

Lo cómico y lo poético tienen su origen en el mismo extrañísimo lugar, del que tal vez podamos decir muy poco. Nos reímos de algo y muchas veces no sabemos por qué. Nos emocionamos con algo y también desconocemos el motivo.

En Gila encontramos perfectamente mezclados los dos registros, el poético y el humorístico. La descripción que hace de su entorno en los monólogos tiene una carga emotiva que no empequeñece al compararla con la que podríamos encontrar en los versos de poetas consagrados.

En efecto, Gila fue un poeta. Lo habría sido igualmente aunque jamás hubiera tenido la idea de escribir un verso. Su monólogo de la guerra es un poema en cuyas pausas dramáticas, en lugar de suspirar, no podemos evitar soltar la carcajada. Pero también escribió versos. Lo hizo durante toda su vida. No solía enseñárselos a nadie, pero jamás se avergonzó de ellos.

El 16 de mayo del año 2000, unos quince meses antes de

morir, Miguel Gila anunció a la prensa que tenía previsto publicar sus poemas, reuniéndolos en un libro que llevaría por título *Chapuzas*. Aseguró que los publicaría en breve para evitar «que cuando me vaya quede en el olvido». Lamentablemente, la muerte del humorista impidió que su obra poética saliera a la luz, y esos versos jamás pudieron ser leídos por sus muchos admiradores.

Ahora, por primera vez, y también con el deseo de que nadie olvide jamás a su autor, incluimos aquí algunas de sus composiciones.

Son poemas sencillos y directos, pero de una hondura extraordinaria. Evitaremos la tentación de comentarlos, porque la poesía debe hablar por sí misma. Y la de Gila lo hace muy bien.

RISA

Me da risa  
vuestra solemnidad,  
vuestra oratoria  
antigua y rebuscada.  
¡Pobres diablos  
que habláis lenguajes  
que hace siglos  
otros hombres escribieron!  
Empollones taciturnos  
de unos libros polvorientos  
con olor a estercolero.  
Arregladores de pleitos,  
mezcladores de delitos,  
condenando sentimientos.  
Me da risa vuestro Luto,  
ese Luto al que os obliga  
el saber que, como humanos,  
no sois ciertos  
sentenciando muchas veces  
delitos que no lo fueron.  
Me da risa saber  
que sois mortales,  
obligada vuestra lengua  
a sentenciar con leyes

que hace siglos se pudrieron.  
Me da risa pensar  
en vuestra esquila  
llena de títulos y cargos  
que a la hora de la muerte  
no os sirvieron.  
¡Me da risa!



SI PUDIERA

Si pudiera contarles  
les contaba  
cómo es la libertad, cómo las calles,  
cómo es el hijo que no tuve,  
cómo los ojos de mi madre,  
cómo un gorrión, cómo una nube.

Si pudiera contarles  
les contaba  
cómo es el mar, cómo la brisa,  
cómo una flor en primavera,  
cómo es la risa, y cómo el beso  
apasionado de mi amante.

Si pudiera contarles les contaba  
cómo es el agua del arroyo,  
cómo los peces,  
cómo una puerta sin cerrojos y sin llaves.  
Pero ¿cómo explicarlo  
si hace años solo contemplo  
las oscuras paredes de mi cárcel?

## TODOS

Todos aquellos  
que ya se fueron,  
todos aquellos  
que ya no están,  
todos aquellos  
que nos dejaron  
están presentes  
en nuestro estar  
y son testigos  
de nuestro hacer,  
y lo que hacemos  
los que aún estamos  
estará luego  
cuando no estemos  
en lo que hagan  
los que aún estén;  
porque algo dejan  
a los que quedan  
los que se van.

## MI BISABUELO

Mi bisabuelo era inventor, pero como éramos muy pobres no tenía dinero para comprarse un laboratorio. Empezó inventando cosas muy sencillas. Lo primero que inventó mi bisabuelo fue un colador sin agujeros para que no se saliera el caldo, porque decía que era una pena, porque el caldo es lo que más alimenta; luego inventó una sartén con dos mangos para que guisaran dos cocineras al mismo tiempo, pero yo creo que el mejor invento de mi bisabuelo fue el huevo frito. Antes de que mi bisabuelo inventara el huevo frito, la gallina era el animal de compañía del hombre, es decir, la mejor amiga del hombre, porque en aquella época todavía no existían los perros, o sí existían y tal vez habitaban en los montes, pero no en las ciudades, con toda seguridad por temor a una pedrada. La gente tenía gallinas para cuidar sus casas, había gallinas de caza, gallinas mensajeras, gallinas policías y gallinas que vigilaban los rebaños. Recuerdo que nosotros teníamos una gallina muy cariñosa que la llamábamos Aurelia y daba la patita y nos traía las zapatillas y el periódico; los ciegos en aquella época tenían gallinas amaestradas que les servían de lazarillo, y en los partidos de fútbol la policía usaba gallinas en

lugar de perros. La gente sacaba a pasear a su gallina para que hiciera pis en una farola o en un árbol, y la gallina, después de hacer pis, ponía un huevo, pero el dueño no le daba importancia; al revés, disimulaba para que la gente no se diera cuenta, porque la gente de entonces estaba convencida de que el huevo que ponía su gallina era una caca blanca y sólida, hasta que un día mi bisabuelo dijo: «Voy a inventar el huevo frito». Se encerró en su dormitorio, donde había improvisado un sencillo laboratorio, con una gallina, medio litro de aceite y una sartén, y a los siete días ya tenía inventado el huevo frito. Pero la gente de entonces, que era muy envidiosa, empezó a decir que era mentira y que estaba loco, y vinieron a buscarle y estuvo un mes en observación en un psiquiátrico, hasta que se demostró que era verdad y la gente comenzó a comer huevos fritos y a decir que estaban muy ricos y que se podía mojar pan y todo.

Pero la ilusión de mi bisabuelo era inventar la radio, porque antes de que mi bisabuelo inventara la radio los artistas tenían que ir casa por casa. Tocaban el timbre y decían: «Buenas noches, somos el trío Los Forasteros, que venimos de parte de la emisora RS 42 a cantar». Y la señora decía que pasaran al living y entonces el trío Los Forasteros cantaba eso tan bonito de «Siempre que te pregunto que dónde, cómo y cuándo, tú siempre me respondes “Quizás, quizás, quizás”» y se iban. Al rato llegaba un señor y decía: «Soy el locutor de la radio y vengo a decirles que el jabón de baño Huelebién es el mejor jabón de baño y elimina las bacterias, y que el papel higiénico marca El Canguro es el papel higiénico más higiénico de todos los papeles higiénicos y viene en rollos de treinta metros y en rollos de sesenta metros para familias numerosas», y cuando había dicho los anuncios se

iba. Entonces, la gente empezó a decir que lo que había que hacer era inventar la radio para poder escuchar al trío Los Forasteros y a los locutores sin tener que abrir la puerta cada dos por tres vestidos de calle, y porque sin radio era imposible escuchar la orquesta sinfónica de Filadelfia, que no cabía en el living de ninguna casa, aparte de que había que pagarles el viaje desde Filadelfia y los gastos de hotel; así que el Gobierno llamó a mi bisabuelo para que inventara la radio. El primer aparato de radio que inventó era un mueble de metro y medio de alto por uno de ancho; metió dentro a un enano que tocaba la trompeta, pero la gente se cansó de oír al enano tocar la trompeta y en las casas ya ni les abrían la puerta, hasta que mi bisabuelo, con unos cables y unas lámparas, inventó la radio y la gente se puso muy contenta, menos el enano, que se quedó sin trabajo.

Otro de los inventos de mi bisabuelo fue la bala, porque, aunque en aquella época ya se habían inventado el fusil, la pistola y el cañón, no se había inventado la bala. Los soldados hacían la guerra insultándose de trinchera a trinchera, y los policías usaban las pistolas solamente para asustar. La primera bala que inventó mi bisabuelo era de cera, pero aunque era una buena bala solo servía para disparar en invierno, porque en el verano, con el calor, se derretía dentro del fusil y ni mataba ni nada. Y aunque era una buena bala, tenía el inconveniente de que las guerras solo se podían hacer en invierno, y los soldados morían de pulmonía. Un día le llamaron del Ministerio de la Guerra para que inventara una bala que se pudiera disparar también en verano, y entonces mi bisabuelo inventó la bala de madera, que era un poco más dura que la bala de cera, pero, cuando llovía en la guerra, la bala de madera se hinchaba con el agua y no había manera

de meterla ni en el fusil ni en el cañón. Las guerras estaban paralizadas y, aunque se hacían a base de insultar al enemigo, ni había bajas, ni prisioneros ni nada de lo que debe haber en una guerra. Mi bisabuelo se pasaba noches y noches encerrado en su laboratorio tratando de resolver este grave problema. Una tarde vino a casa un general y le dijo a mi bisabuelo que si en una semana no inventaba la bala le fusilarían. Por fin un día en que nos estábamos lavando los pies en un florero, porque aún no se había inventado la palangana, que, por cierto, un año después la inventó mi bisabuelo...; pues, como les decía, ese día mi bisabuelo salió del laboratorio muy contento y, gritando y dando saltos de alegría, dijo: «¡Por fin he inventado la bala!». Al principio lo tomamos como una broma, hasta que nos enseñó la bala que acababa de inventar. Pero resulta que, como solo había inventado una, no sabía si dársela al ejército o a la policía. Finalmente se decidió por el ejército, por temor a que le fusilaran. La bala se la entregaban a un soldado cada día y así todos los combatientes tenían oportunidad de disparar contra el enemigo, pero después de disparar tenían que ir a buscarla y a veces tardaban horas en encontrarla. Mi bisabuelo pensó que lo que tenía que hacer era inventar una bala para cada soldado y otra para cada policía, y, gracias a que un amigo suyo que también era inventor había inventado una máquina de multiplicar balas, algo así como eso que ahora llamamos una «fotocopiadora», entonces mi bisabuelo y su amigo se dedicaron a multiplicar balas, y ya cada soldado y cada policía tenía balas en grandes cantidades, y gracias a mi bisabuelo y a su amigo las guerras ya eran otra cosa: había heridos, y muertos, y prisioneros, como deben ser las guerras.

Pero sin lugar a dudas el invento más importante de mi bi-

sabuelo fue el calendario. El primer calendario que inventó no le quedó bien: era un calendario que solo tenía un mes y una semana, así que nunca se sabía qué época del año era; solo se sabía que era martes o jueves, pero, como no había inventado los meses, la gente nunca sabía si era verano, era primavera o era invierno, y la gente se desorientaba, y a lo mejor salían a la calle en camiseta en pleno invierno y morían de una pulmonía, o en verano se ponían el abrigo y la bufanda y sudaban hasta deshidratarse. Entonces mi bisabuelo inventó los doce meses, las cincuenta y dos semanas y los trescientos sesenta y cinco días, y como le sobraba un día, que le había quedado suelto encima de la cama, inventó el año bisiesto, que le puso de nombre «bisiesto» porque un hermano suyo dormía dos veces la siesta. Mi bisabuelo también inventó el monojoanómetro, que nunca se supo para qué servía. En fin, mi bisabuelo era un gran hombre.

# **JUAN MARSÉ**

## **ESCRITOR**

### **¿Conoció personalmente a Miguel Gila?**

Me lo presentó Joan Manuel Serrat, en Barcelona, hace muchos años. Estuvimos charlando una media hora.

Esa fue la única vivencia personal con Gila, esa conversación. Me habló de mis novelas y yo elogí su trabajo. Mis vivencias con sus actuaciones acababan siempre igual: muerto de risa, y con una persistente, extraña melancolía. Recuerdo a un hombre sencillo, natural, amable, con una sonrisa a ratos misteriosa. Recuerdo sus ojos mirándome atentamente, risueños, buscando discretas afinidades. Los ojos de un amigo.

### **¿Qué hay de autobiográfico en los monólogos de Gila?**

Supongo que mucho. Sus monólogos se nutrían de sus vivencias y de sus sueños en un país sojuzgado bajo un régimen que conocía bien, y al que combatía con su humor surrealista. Su vida estaba en sus monólogos.

### **¿Cuándo oyó hablar de Gila por primera vez?**

Supongo que a causa de sus actuaciones en la radio o en la



televisión. Pero podría ser que hubiera visto ya sus dibujos en la revista *La Codorniz*, que yo empecé a leer de muchacho, muchos años antes.

**¿Cuál es el monólogo que más le ha impresionado?**

El monólogo telefónico con el ejército enemigo, en medio del combate. Es absolutamente genial, vinculado además a una guerra civil, una tragicomedia esencialmente española.

**¿Qué ha aportado Miguel Gila a la cultura española?**

No es un humorista al uso y al servicio de las incultas televisiones que padecemos; es un humorista que, además de hacernos reír, nos hace pensar. Al mismo tiempo que nos hace reír, nos retrata.

**¿Cómo definiría el humor de Gila?**

Gila creó un personaje veraz, ese paleta con boina, dotado de una verbosidad irresistible que conecta con el teatro del absurdo y con el realismo más genuinamente español al mismo tiempo. Tiene una relevancia cultural de primer orden.

**¿Por qué cree usted que el humor de Gila gusta a tanta gente distinta?**

Porque su humor es una forma de conocimiento, porque pone en solfa las convenciones, porque fulmina la grandilocuencia y el papanatismo nacional. El secreto de su arte no lo sé, pero sospecho que consiste en algo así: buen observador, con buen oído para la lengua, y valiente y zumbón sentido crítico.

### **¿Hay ideología en el humor de Gila?**

Me consta que sostenía ideas progresistas, de izquierda, aunque no dejaba que afloraran explícitamente en sus actuaciones.

### **Si Gila aún viviera, ¿sobre qué temas haría sus monólogos?**

Me gusta pensar que cogería el teléfono y diría: «¿El Vaticano? Póngame con el Sumo Pontífice... Oiga, ¿es el papa? ¿Puede su santidad decirme por qué desaconseja el uso del condón en África, cuando allí el sida está haciendo estragos entre la población más pobre e indefensa?... Oiga, su santidad, no me cuelgue...». Porque Gila era un hombre valiente que, insisto, no solamente quería hacer reír.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS  
EN EL MES DE DICIEMBRE DE 2011



*El humor es una especie de estafa cerebral  
donde tienes que sorprender.*

MIGUEL GILA

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)